

División en Washington: la lucha interna que define la política de EE.UU. hacia Venezuela

Hace poco tiempo, Richard Grenell, designado como enviado especial del presidente estadounidense para Venezuela, reveló abiertamente que mantiene líneas de comunicación directas con las autoridades venezolanas lideradas por Nicolás Maduro.

Dicha afirmación, hecha en una entrevista con la cadena CBS, no solo se opone frontalmente a la estrategia de presión extrema impulsada por el secretario de Estado, Marco Rubio, sino que también pone al descubierto las tensiones latentes entre distintos sectores que moldean la postura real de Washington hacia Caracas.

Detrás de la apariencia de unidad en la política exterior de Estados Unidos respecto a Venezuela, se desarrolla una lucha interna intensa y discreta entre corrientes con enfoques radicalmente opuestos.

Así lo interpreta la politóloga y especialista en asuntos geopolíticos Betzabeth Aldana Rivas, quien ofrece un análisis detallado sobre los enfrentamientos internos dentro del círculo cercano al presidente Donald Trump, los cuales determinan en gran medida el rumbo de las relaciones bilaterales.

Aldana Rivas caracteriza al gobierno estadounidense como un “gabinete de coalición”, en el que “distintos círculos —unos más próximos y otros más distantes a Trump— están representados por actores políticos con objetivos divergentes”. En este complejo entramado, sobresalen dos figuras centrales: Marco Rubio y Richard Grenell.

La designación de Rubio como secretario de Estado, de acuerdo con la analista, responde a una lógica política muy específica.

“Su nombramiento no fue arbitrario; surgió de un acuerdo político con la administración anterior, vinculado a su papel en la Comisión de Inteligencia del Senado, donde defendió a Trump frente a acusaciones clave”, explica.

Ese respaldo le valió uno de los cargos más influyentes del gabinete, colocando a alguien con una postura históricamente hostil hacia Venezuela en una posición de enorme poder.

No obstante, el giro decisivo, según Aldana Rivas, ocurrió cuando Rubio asumió una doble responsabilidad. “Ha sabido navegar las corrientes internas del país hasta alcanzar su rol actual: secretario de Estado y consejero interino de Seguridad Nacional. Esa combinación le otorga una influencia mucho mayor en la definición de la política exterior”, señala.

“Resulta revelador que, justo tras asumir estas dos funciones, se intensifique notablemente la ofensiva contra Venezuela, incluyendo acciones más agresivas en la región del Caribe”, subraya la experta.

En contraste, Grenell representa lo que se conoce como el “primer círculo” de confianza de Trump. “Es uno de los pocos enviados especiales con acceso directo al presidente, goza de su plena confianza y mantiene canales de comunicación sin intermediarios”, destaca Aldana Rivas.

Aunque su cercanía al mandatario le concede una influencia considerable, su capacidad de acción puede verse obstaculizada por la estructura burocrática que Rubio maneja desde el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional.

En medio de esta dinámica, la posibilidad de una intervención militar ha perdido visibilidad, aunque sigue presente. Aldana Rivas identifica a ciertos actores institucionales que actúan como freno. Uno de ellos, poco conocido públicamente pero clave en los hechos, es Tulsı Gabbard, directora de Inteligencia Nacional.

“Gabbard ha jugado un rol discreto, pero fundamental. El New York Times reveló que bloqueó el acceso de Rubio —en su calidad de consejero de Seguridad Nacional— a un informe clasificado sobre las conversaciones entre Maduro y Grenell”, recuerda la analista.

“Esto muestra cómo ciertos subgrupos dentro del gobierno intentan contener decisiones impulsivas de Trump, especialmente aquellas que podrían derivar en una estrategia de injerencia o en acciones militares”, comenta.

Aunque figuras como Rubio y Stephen Miller presionan activamente por una escalada, existen mecanismos y actores dentro del aparato de seguridad que, por ahora, ejercen un efecto moderador.

“Personajes como Grenell, junto con representantes del sector energético y otros intereses comerciales vinculados a Venezuela, podrían estar articulando una estrategia táctica para evitar acciones extremas y mantener canales de diálogo”, añade Aldana Rivas.

A menudo se menciona un supuesto consenso bipartidista en torno a Venezuela, pero la experta matiza esa idea. “Ese consenso solo se materializa si primero hay una postura clara y coherente dentro del partido en el poder. Si los republicanos —a pesar de sus divisiones internas— logran consolidar una política definida contra Venezuela, entonces el acuerdo con la oposición demócrata se vuelve más factible”, sostiene.

Sin embargo, las tensiones entre las alas representadas por Rubio y Grenell evidencian una profunda fragmentación dentro del Partido Republicano, lo que impide la formación de un frente unificado. “Las declaraciones recientes de Grenell y las acciones del Departamento de Estado reflejan una política exterior marcada por contradicciones y disputas internas”, concluye Aldana Rivas.

Más allá de las posturas ideológicas, la analista introduce el término “Globalistán” para describir la red de intereses transnacionales que condicionan la política hacia Venezuela. En el corazón de este conflicto están los hidrocarburos venezolanos, un recurso de relevancia estratégica mundial.

“Los intereses económicos aquí son fundamentales, porque hablamos del petróleo, un insumo vital para la economía global”, enfatiza.

La experta enumera tres razones que hacen de Venezuela un actor clave en este tablero:

“Primero, posee las mayores reservas probadas del planeta. Segundo, cuenta con toda la gama de crudos, desde los más ligeros hasta los extrapesados. Tercero, su ubicación geográfica es privilegiada. Además, sus yacimientos están distribuidos a lo largo de todo el territorio nacional”.

Estas características, según la experta, revelan que los cálculos en Washington trascienden lo meramente político o ideológico.

“La disputa entre las distintas facciones en Washington —entre agendas corporativas del sector energético y posturas ideológicas como las de Rubio— es lo que verdaderamente define la política exterior estadounidense hacia Venezuela”, concluye.